

Red de agujeritos

Red de agujeritos,
Gerardo Deniz
en
Viceversa

Selección,
prólogo y entrevista
de
FERNANDO FERNÁNDEZ

*F*ICTICIA
EDITORIAL



Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

MÉXICO, 2012

RED DE AGUJERITOS, GERARDO DENIZ EN VICEVERSA

D.R. © Juan Almela Castell
D.R. © Fernando Fernández por el prólogo
D.R. © Ficticia, S. de R.L. de C.V.

© Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz
Apartado postal 97, C. P. 91000
diredit@uv.mx Tel/fax (228) 8 18 59 80, 8 18 13 88

Primera edición: junio 2012

En portada: Dos dibujos de Juan Almela, archivo Fernando Fernández

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández
Director de la colección: Javier García-Galiano
Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian
Cuidado de la edición: Mónica Villa
Corrección de pruebas: María Álvarez Guerra
Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard
Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec,
C.P. 11000, México DF
www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

ISBN: 978-607-7693-60-4 por FICTICIA EDITORIAL
ISBN: 978-607-502-160-7 por la UNIVERSIDAD VERACRUZANA

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo
Rector

Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

Víctor Aguilar Pizarro
Secretario de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda
Director General Editorial

Todos los derechos reservados
Impreso y hecho en México

Contenido

Gerardo Deniz en <i>Viceversa</i>	11
---	----

Red de agujeritos

Salamandra	23
Crítica literaria	27
Canto general	32
De solapa a prólogo.....	36
Saint-John Perse en Mongolia	39
Calvino en el infierno	43
Los rastros de un piquenique	46

Nada más una pisada	49
Nona	52
Modestias falsamente universales	55
Quemazón de condesas	58
El centenario del fauno	61
Las verdades de Mr. Spencer.....	64
La desmesura de Raimondi	67
Breve tratado sobre la lengua chechena	70
El himen en México	73
El cadáver de Anatole France	77
La estafa del dinosaurio	80
Hojas entre las hojas	83
D. F., 1 de enero	86
Piel de tigre	89
Las tres del ket.....	97

Los resortes básicos de Fliess	100
El bienestar en la impostura (fragmento)	103
La química de Toscuento.....	106
Escena dramática	113
Corazón, diario de un niño	121
Los placeres recónditos del gusto	124
De cápsulas oníricas y otras golosinas	128
Las fantasmagorías moralínicas de Usigli	131
Un cadáver en el baño	134
Dantesco	137
Cántico	143
Eysenck	148
De libros y editores	153
Busser	158
Literales	161

Amanecerá	164
Pornografía	167
Fábulas	170
Defenestraciones	174
Violín.....	177
Entre el pincel y el revólver	180



Gerardo Deniz
en
Viceversa

FERNANDO FERNÁNDEZ

Entre 1994 y 2000, Gerardo Deniz escribió una columna mensual en la revista *Viceversa*. El hecho es más bien anómalo en su vida de escritor: si sus colaboraciones en un puñado de revistas y suplementos no fueron precisamente pocas, tampoco puede decirse que hayan sido continuas. Lo que parece desprenderse de una peculiaridad de su carácter: jamás figuró como parte del consejo editorial de publicación alguna, ni participó en presentaciones o mesas redondas, ni mucho menos estampó su firma en manifiestos colectivos de ningún género, como si no tolerara actividades que comprometieran su individualidad.

El relato del origen de su colaboración en *Viceversa* me obliga a hacer una evocación personal. Mi relación con el poeta empezó y se mantuvo durante años, paralelamente a la amistad que me sigue uniendo a él,

como de autor a editor. Así fue desde la primera vez que lo vi, la noche de un viernes de 1988, cuando fui a visitarlo a su pequeño departamento de la Avenida San Antonio para recoger un poema en tres partes llamado “La caza del unicornio” que luego formó parte de *Grosso modo* (FCE, 1988). El tríptico, que hablaba de una compañera de trabajo que mostraba con orgullo las fotografías tomadas por un admirador durante una manifestación política, pero en las que aparecía siempre a solas, lo que daba a sus poses y actitudes un aire como, dice el poeta, de “trances porno”, estaban mecanografiados con cuidado, sin una mácula, en tres hojas de papel revolución. Sin embargo, la revista para la que me daba el poema, que se llamaba *Alejan-dría* y circulaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, dejó de salir al siguiente número.

Al poco tiempo tomé la decisión de elaborar mi tesis de licenciatura sobre su obra y empecé a frecuentarlo. En noviembre de 1990, al fundar *Milenio*, que relanzaría con algunos amigos dos años más tarde como *Viceversa*, invité a Deniz a escribir para el primer número, dedicado a los libros de aventuras, un texto sobre Julio Verne. A partir de entonces sus colaboraciones menudearon: en las diez entregas que aparecieron de esa revista pueden encontrarse hasta nueve trabajos suyos: sobre la colonia San Rafael, sobre Linus Pauling, sobre José Emilio Pacheco, sobre la Capilla Alfonsina, algunos de los cuales no han sido recogidos en forma de libro. Lo mismo ocurre con algunos poe-

mas y relatos que sí lo fueron, como su “Diálogo del exilio”, una conversación entre dos de los meteoritos expuestos a la puerta del Palacio de Minería, que está en Alebrijes (El Equilibrista, 1992). También en ella apareció el breve discurso, para algunos desconcertante, que leyó en la entrega del premio Xavier Villaurrutia y que el subdirector de la revista, Eduardo Vázquez Martín, decidió titular “Asaz desagradables palabras al final de la ceremonia”, tal como lo describió en un diario la periodista Margarita Michelena, que estuvo presente en el acto de premiación.

Una colaboración de Deniz puede encontrarse desde el primer número de *Viceversa*, en el que publica el segundo de sus artículos sobre Pacheco, tal como aparece anunciado en la portada, y que firmó con su nombre y su seudónimo (Juan Almela / Gerardo Deniz) para que no hubiera dudas respecto a quién se debía su autoría —ambos textos están recogidos en *Anticuerpos* (Ediciones Sin Nombre y Juan Pablos Editor, 1998)—. Siete números más tarde, para celebrar el primer aniversario de la revista, le hice una larga entrevista sobre su obra y algunos aspectos polémicos de ella (“Deniz, entre el clavel y el revólver”, *Viceversa*, número 7), que por su naturaleza esclarecedora me ha parecido interesante ofrecerla al final de este libro como una especie de epílogo. Mientras preparábamos aquella entrevista, lo invité a que escribiera un artículo todos los meses, sobre lo que él quisiera, con la única condición de que el tamaño fuera más o menos regular como para

aparecer en una sola página de la revista. Es decir, que escribiera una columna. Contra todo pronóstico, aceptó. El fotógrafo Roberto Portillo lo visitó para hacerle la foto que a partir de entonces acompañó su texto mensual: aquel retrato me parece uno de los mejores que hay del poeta: los lentes estupendos y la barba de candado, tupida y bien recortada; la boca tensa, en perenne sonrisa delfinesca (*built-in*); la mirada fija en el objetivo, con un ojo atento y el otro desengañado; el derecho y la sien de ese lado, minimizados por los lentes de muchas dioptrías; la camisa cuyo cuello anuncia una cómoda holgura; el pelo, allá arriba, casi completamente blanco, un poco echado al aire como una rúbrica de ligereza con que remata su rotunda presencia física.

Al pedirle que escogiera un nombre para titular su columna, solicitó un tiempo para pensarlo. “Ya saldrá, ya saldrá” dijo como siempre inmune a la prisa de los demás cuando me permití insistirle unas semanas más tarde, entregado el primer texto y con el número ya en imprenta. Al día siguiente llamó para decirlo: “Red de agujeritos”. El nombre proviene de un famoso pasaje del *Anónimo de Tlatelolco* (1528) en el que están descritos los últimos días del sitio de Tenochtitlan. En uno de los momentos más dramáticos, el Padre Garibay traduce: “Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe, y era nuestra herencia una red de agujeros”. Con el uso en diminutivo de la frase, Deniz hace crítica de los excesos a los que ha llevado la idealización de nuestro pasado indígena, la cual forma parte del corazón más sólido

del discurso del poder público y también de no pocos escritores y académicos. La que está implícita aquí, aludiendo a la supuesta naturaleza poética de algunas lenguas, en este caso el náhuatl, fue luego tema de una “red de agujeritos” llamada “Saint-John Perse en Mongolia” (y que se publicó, junto a algunas de ellas, como “De Mongolia a México” en el libro *Paños menores*, Tusquets, México, 2002). En ese texto, Deniz procede de otra manera: “Una amiga mía necesitó consultar a una nahuatlato para que le analizara unos cuantos topónimos. Se carcajeaba al narrarme la entrevista:

—Primero, “Acatlán”, Acatl es “caña”, ¿verdad, maestro?

El maestro entrecerraba los ojos:

—No propiamente. Acatl significa, más o menos... “fresca y fecunda caña verde...”

A partir de su primera entrega, que se ocupó de la curiosa procedencia de un verso del poema “Salamandra” de Octavio Paz, Deniz fue siempre un colaborador serio, puntual y confiable. Con algunas ausencias, como las del cambio de año de 1995 a 1996 y, sobre todo, una importante laguna que se extiende a lo largo de 1998 y 1999, cuando suspendió su colaboración aduciendo variados problemas pero prometiendo reanudarla próximamente, Deniz entregó en tiempo y forma durante más de cuarenta meses unos originales de un par de hojas cada uno cuya legibilidad y limpieza contrastaban con el extraño mundo del que daban noticia. Para ello, acudía en persona a entregar su artícu-

lo, con más facilidad en cuanto la revista se mudó a la calle de Wisconsin de la colonia Nápoles, a menos de cinco minutos caminando de su departamento.

Quizá la mayor virtud de estos textos sea que su formato ayuda a estandarizar y dar continuidad a los temas siempre heterogéneos de su interés, como verá quien se asome a este libro en el que hay de todo, al menos de todo lo suyo: Perse, Alfonso Reyes, Debussy, Anatole France, Dante, Ravel... Pero también el himen, Fliess, Juan Grijalbo, su teoría del origen dantesco del título *El barón rampante*, Usigli, la icnología, Orfila, *Corazón, diario de un niño*... Y la lengua chechena o el ket, algo de botánica y, de cuando en cuando, el sexo. La crítica sana y demoledora a la obra de algunos poetas, como el *Cántico* de Jorge Guillén, o el relato del día que conoció en persona a Neruda, cuando era niño y su padre lo hizo acompañarlo a una cita de trabajo.

He decidido incluir un texto publicado en abril de 1996 que no apareció como “Red de agujeritos” pero que aquel mes ocupó el lugar de la columna, porque me parece que enriquece el conjunto. Se trata de una glosa de su poema “Piel de tigre” (*Adrede*, Joaquín Mortiz, 1970). Es interesante cómo nació ese texto: la alumna de un curso que di en la Facultad escribió por iniciativa propia un análisis del poema y llegó, por inesperados caminos, a conclusiones muy peregrinas; Almela, a quien le hizo gracia el asunto, respondió con el texto que firmó con su nombre, como comentarista de Deniz. El artículo que cierra la colección, un

recuento de los conciertos para violín y orquesta del siglo xx que prefiere, escrito al final del milenio, es también su última colaboración en la revista, que dejó de salir sólo cuatro meses después, en mayo de 2001.

A partir del número 54, de noviembre de 1997, *Viceversa* estrenó un suplemento literario mensual que funcionó de manera monográfica bajo el sistema de un director invitado por entrega, al que llamamos *Nagara*, palabra japonesa que Octavio Paz leyó en un poema de Deniz y con la que bautizó a un gato. En dos ocasiones dedicamos el suplemento a nuestro poeta: en el número 74 de la revista, de junio de 1999, con un *dossier* llamado “Desde el pie de página: el reverso de Gerardo Deniz”, dirigido por Pablo Mora, y en noviembre del año 2000, cuando contamos a detalle la historia del término “nagara” y todo lo que pudimos recabar sobre el famoso gato paciano, que una noche rasguñó memorablemente a Lévi-Strauss.

Esta colección de redes de agujeritos, al igual que el inapreciable *Visitas guiadas*, publicado en 2000 por Gatuperio Editores, la empresa editorial que hacía *Viceversa*, ofrece perspectivas elocuentes del fascinante mundo de este poeta.

Red de agujeritos



Salamandra

Octavio Paz emprendió, irresponsable, un poema sobre la salamandra, sólo para descubrir que, después de seis palabras, no tenía nada que decir. Entonces saqueó las riquezas del diccionario



YO NUNCA ME TENGO LÁSTIMA. Hay, con todo, tres o cuatro episodios de mi vida en que estoy a punto de compadecerme. Quizás el ejemplo más reciente sea al recordarme, hace diez años, descendiendo sin término por las innumerables columnas de cierta enciclopedia en múltiples tomos. Sólo se esperaba de mí que leyese por encima y que, sin meterme en averiguaciones (peor para mí si lo hacía), anotase en fichas cuanto me saltara a la vista en materia de erratas, errores, afirmaciones sospechosas, incongruencias y demás, encaminado todo a depurar una futura edición (¿habrá existido?). El agradecimiento me impide hacer comentarios acerca de lo que se me pagaba por semejante pesadilla.

Como es natural, cuando acababa una página sin tener nada que observar, me sentía muy desdichado. Como es natural también, aquella extravagante acti-

vidad me permitió atrapar al vuelo numerosos datos curiosos, que son los mejores. Comentaré uno. Surgió cualquier noche, al recorrer, concretamente, la página 3361 de la enciclopedia.

El gran poema “Salamandra”, que da título al libro de Octavio Paz donde apareció por vez primera en 1962, es muy bueno. Lástima que aquí no quepa un bonito análisis. Está lleno de alusiones y referencias sabias, a la alquimia, al mito de Xólotl y a la historia natural. De pronto la ortografía se vuelve “Salaman-dria”, y el lector inculto —si existiera tal ente— supone una errata, olvidando el verso 185 del *Polifemo*. Poco después de conocer el poema paciano leí un libro, *Salamanders and other Wonders*, cuyo autor he olvidado, allí me enteré de la existencia de Paul Kammerer, entre otras cosas, y hallé descripciones de salamandras —la caucásica, la alpina— que me hicieron pensar que Paz, a quien por entonces yo no conocía en persona, había pasado por allí antes de escribir su poema. Cuando muchos años después, me acordé de preguntárselo, no me respondió ni que sí ni que no, según acostumbra en tales casos.

El poema “Salamandra” tiene un comienzo inolvidable:

Salamandra (negra
Armadura viste el fuego)
Calorífero de combustión lenta.

Quedémonos con el tercer verso, enigmático y admirable endecasílabo de acentuación tremenda. La salamandra, incandescente pero serena, misteriosa, fuera de su medio sigue calentando, portando calor —“calorífero”, calor prolongado, medido, reflexivo— “combustión lenta”.

Pues bien, como iba diciendo, en la página 3361 de mi *Gran Diccionario Enciclopédico Ilustrado* entré sin la menor ilusión en el artículo “salamandra”. Primera acepción: “batracio...”; segunda, la salamandra mítica. Tercera acepción: ¡“especie de calorífero de combustión lenta”!

Estos pequeños hallazgos siempre me causan una sensación muy agradable. Ignoro propiamente la causa. Desde luego, lo primero que hice al día siguiente fue confirmar que aquellas palabras no eran originales de la enciclopedia que yo revisaba, sino que procedían, como tantísimas otras definiciones, del diccionario de la Academia, que la mayoría de los demás copian. Paz pudo hallar el calorífero de combustión lenta en mil fuentes lexicográficas, las cuales, por cierto, no le disgustan: el poema que sigue a “Salamandra” lleva, sin ir más lejos, un epígrafe procedente del célebre diccionario de Corominas. (En este diccionario figura, por lo demás, la insólita forma “salamandre”, que se lee en el último renglón del poema paciano, pero que es desconocida para la Academia y para la inmensa mayoría de los diccionarios). A la definición, Paz le cortó tranquilamente el “especie de”, que la trivializaba, enrevesaba y afeaba.

¿Cómo será el calorífero que nuestros tatarabuelos llamaban salamandra? ¿Quemaba —lentamen-



«RED DE AGUJERITOS, GERARDO DENIZ EN VICEVERSA»
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 28 DE JUNIO DE 2012 EN LOS TALLERES
DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A. CERRO TRES MARÍAS NO. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 4200 MÉXICO, D.F.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES